

Y en eso ando

Me pedían un relato sobre la librería, sobre esta librería que hoy cumple años. Y, sin embargo, sé que hay un previo al relato. Un tener que contar lo que ella me dice. Lo que ella ha hecho y sigue haciendo en mí.

Y a ello me pongo:

Venían todos los jueves de labor. Entraban sin pedir permiso, sin llamar y, muchas veces, sin saludar. Se iban sentando alrededor de una mesa que ya estaba preparada para el ritual. Hay quienes se ponían a escribir y quienes se ponían a hablar o a escuchar. Supongo que dependía de las necesidades del momento y de los deseos de cada cual.

Así fue como empezaron a nacer nuevas palabras. De necesidades y de deseos creativos. Nada nuevo si el lugar no fuese una librería. Eso sí, una librería muy especial. No una de esas impersonales librerías donde duermen las palabras a la espera de que alguien se decida a despertarlas. Sino una librería donde, las palabras, además de dormir por todas las esquinas, también iban naciendo y creciendo. Dando a luz.

Y es que las palabras realmente no mueren. Unen, separan, alegran, entristecen, explican, transportan, anuncian, preguntan, excitan, asustan, duermen,... pero jamás mueren.

En esa curiosa librería, hay palabras que hasta nacen del cielo en forma de música, o palabras que parecen ir de la mano como *besos y ternura, mirada y sincera, boca y seca, sonrisa y buscada, página y web, somos y cuentos, Pedro y gracias, nadar y contracorriente, intentar y mejorar, dar y recibir, aprender y crecer ...*

También hay palabras que se inventan alrededor de una mesa. Como la palabra "*libregracias*", que se utiliza con las pocas librerías que no sólo almacenan palabras durmientes, sino que también ayudan a que las palabras se aireen cada jueves.

Iba a acabar diciendo, o mejor dicho escribiendo, que hay que mimar a todas esas palabras, a las nuevas y a las no tan nuevas. Ahora sé que a quien hay que mimar realmente es a quienes las hacen posibles: Águeda, Carmen, Josetxo, Llum,... ustedes todos.

Y en eso ando.